

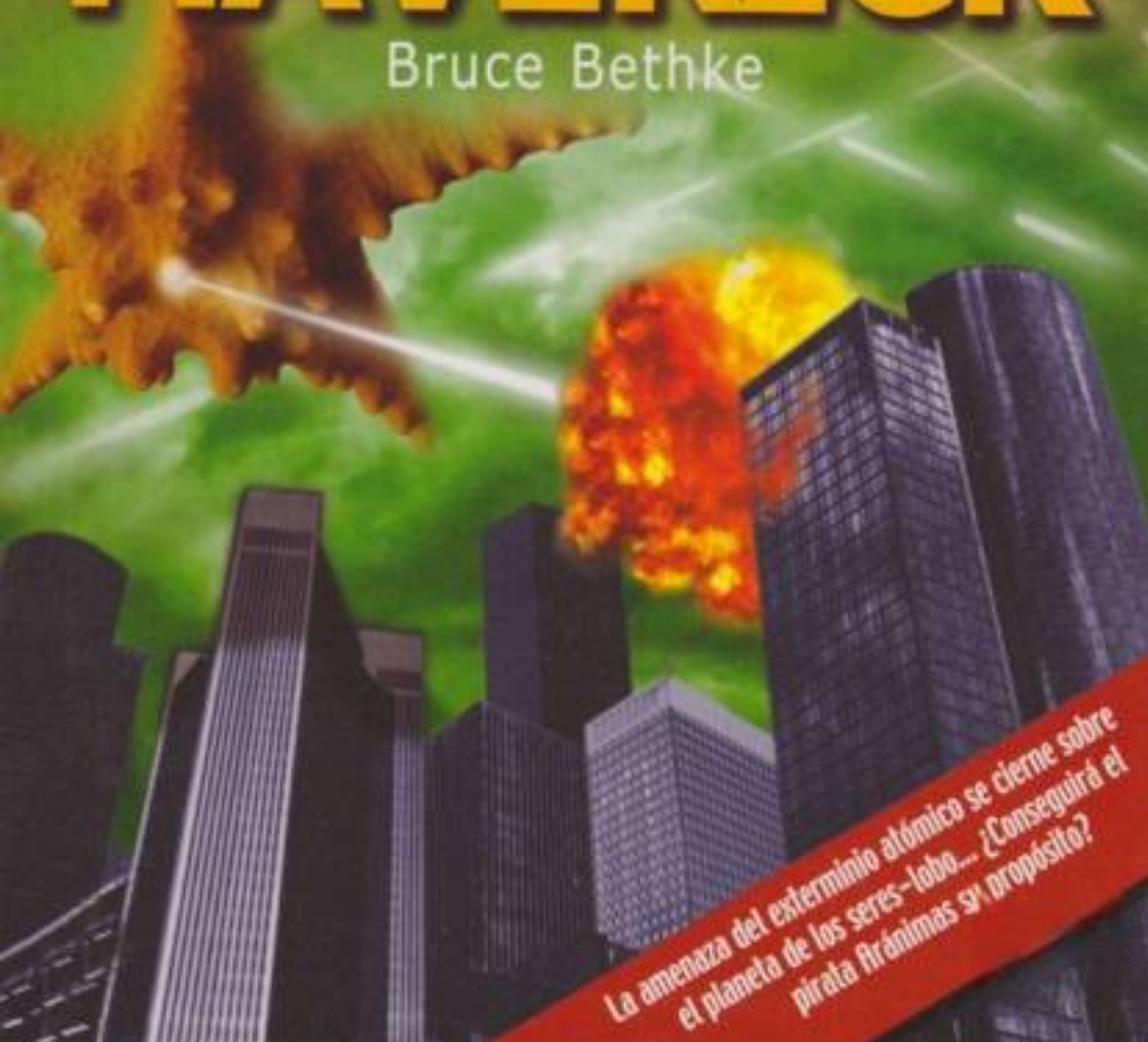
ROBOTS  ALIENS



isaac
asimov

MAVERICK

Bruce Bethke



La amenaza del exterminio atómico se cierne sobre el planeta de los seres-lobo... ¿Conseguirá el pirata Atánimas su propósito?

Derec Avery controla la red de ciudades robóticas esparcidas por el universo, pero las ciudades no están funcionando como deberían e incluso algunas están comenzando a ser peligrosas. Alguien más las está manipulando: es la doctora Janet Anastasi, la madre de Derec. De forma involuntaria, su interferencia está a punto de provocar el comienzo de una guerra entre humanos y alienígenas. ¡Un cataclismo se aproxima y Derec tiene que encontrar la forma de evitar la destrucción total!

LEYES DE LA ROBÓTICA

1. *Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión permitir que un ser humano sufra daños.*
2. *Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.*
3. *Un robot ha de proteger su existencia, siempre que dicha protección no entre en conflicto con la Primera Ley o la Segunda Ley.*

INTRODUCCIÓN

Su memoria había sido borrada. La de ella fue destruida por una enfermedad y él la ayudó a reconstruirla. Su nombre real era David Avery, pero a él le gustaba presentarse como Derec. Ella se llamaba Ariel Burgess.

Juntos habían descubierto la existencia de Robot City y juntos se habían sumergido en sus misterios. Derec, poniendo en peligro su vida y víctima de uno de los experimentos de su loco padre, aprendió a dirigir Robot City y a los robots que la habitaban. Los miles de chemfets (un tipo de robots microscópicos) que navegaban por su sangre le proporcionaban una comunicación directa con el ordenador central de la ciudad.

Durante un breve e idílico intervalo, Ariel y Derec tuvieron la oportunidad de llevar vidas normales en Aurora. Pero esta tranquilidad pronto se vio enturbiada por el enfrentamiento final de Derec con su padre, que había interrumpido, pero no cancelado, el Programa de Migración de los robots. Algunos de ellos salieron de Robot City y construyeron otras ciudades en nuevos e inexplorados planetas. Planetas que, hasta ese momento, se suponían inhabitables.

Era una suposición equivocada. El plácido interludio de Derec en Aurora se vio alterado por una llamada de socorro que provenía de una de las nuevas Robot City y que hablaba de un ataque inminente. Derec viajó inmediatamente al nuevo planeta, dejando a Ariel atrás y haciéndose acompañar por su fiel robot Mandelbrot; una vez allí, descubrieron que los atacantes eran unos seres con aspecto lobuno, una extraña raza de lobos inteligentes.

Al principio, sólo fue un meteorito que resplandecía en el cielo. Después apareció ese extraño ser, el individuo de color metálico que ellos llamaban Plateada, que nunca tenía necesidad de alimentarse y cuyo principal objetivo parecía ser proteger a la Familia y hacer que se cumplieran sus deseos. La única explicación posible era que fuera la Abuela, la antepasada que creó a la Familia, la que le hubiera enviado para protegerlos de los «Piedra caminantes» y de la Colina de las Estrellas que éstos habían construido.

Plateada ni siquiera sabía que ella también era un robot, pariente cercano de aquéllos que estaban construyendo una ciudad en el planeta de los seres-lobo. Ella no había sido diseñada y construida por el doctor Avery, sino por su esposa, la doctora Janet Anastasi, que llevaba a cabo su propia investigación en el mundo de la robótica.

Cuando nació, Plateada era sólo una masa sin contornos, sin formas, preparada para adoptar la del primer ser inteligente que se cruzara en su camino. Pero en el plan no estaba previsto que hubiera una ciudad de robots en ese planeta. Más inteligente que los seres lobo, Plateada se convirtió pronto en su líder y se unió a su lucha contra los robots que colonizaban el planeta. Trazó un plan para acabar con el ordenador central de la ciudad y atacó a Derec, sabiendo que era el jefe al que los robots obedecían.

Derec se salvó gracias a la invocación de la Primera Ley de la Robótica, lo que provocó un dilema en la mente de Plateada. ¿No eran los miembros de la Familia seres humanos? ¿Cómo podían los seres-lobo y Derec ser humanos y estar ambos protegidos por las Leyes de la Robótica? Plateada tomó entonces forma humana y comenzaron a llamarle por el nombre de Adán, pero antes de que ese problema pudiera solucionarse, se produjo otra llamada de socorro de Ariel, y todos juntos, Wolruf, Derec, Mandelbrot y Adán acudieron en su ayuda.

Durante la ausencia de Derec, Ariel había recibido una llamada de otra de las ciudades que estaban construyendo los robots. También se encontraba en peligro por el ataque de unos alienígenas, pero éstos eran bien distintos a los seres-lobo.

Cuando Ariel llegó al planeta, encontró la ciudad totalmente cubierta por una extraña cúpula. Los habitantes del planeta, los ceremones, unos alienígenas con forma de pájaros, eran tan avanzados, comparados con los humanos, como primitivos eran los seres-lobo. En vez de atacar la ciudad directamente, la habían encerrado en una cúpula para que no pudiera causar ningún daño. Los robots, siguiendo fielmente la programación que les impulsaba a construir y a preparar la ciudad para que pudiera convertirse en un asentamiento humano, se preparaban para comenzar a crear otra ciudad en un lugar diferente del mismo planeta.

Nada más llegar y tras observar el problema, Ariel convocó a Derec a través del sistema de comunicación interno del que disponían todas las ciudades de los robots. Pero también llegó a un acuerdo con los ceremones que consistía en el compromiso de que los robots crearían una explotación agrícola, que no dañase el ecosistema del planeta, y sólo dispondrían de una pequeña ciudad cerrada que permitiera la exportación de los cultivos. Cuando Derec llegó, reprogramó la ciudad para este fin con la ayuda de los robots supervisores.

Al mismo tiempo, Adán, que todavía no tenía una idea clara de lo que era un ser humano, tomó la forma de los ceremones; pero éstos, que no necesitaban su protección y mucho menos sus servicios, lo enviaron de vuelta con Derec. Sin tener claro a quién debía brindar la obediencia que señalaba la Segunda de las Leyes de la Robótica, decidió llevar a cabo su propio experimento agrícola. En el curso de este experimento, encontró un gran huevo plateado,

exactamente igual a aquél en el que él había llegado al planeta de los seres-lobo. Encantado con su descubrimiento, corrió a buscar a Ariel y la colocó delante del huevo; de esta forma, Ariel sería lo primero que el nuevo ser vería y podría tomar su forma. Así fue como nació Eva Plateada.

Eva también pasó por la experiencia de tomar la forma de los ceremiones al encontrarse con uno de ellos que logró convencerla de que él era el único ser humano. Sólo la evidente locura de este ceremión logró sacarla de esta peligrosa ilusión.

Cuando la reprogramación del sistema agrícola hubo terminado, Derec y Ariel acordaron que la mejor forma de alejar a los Plateados de otras posibles malas influencias era llevarlos a un sitio más seguro, la Robot City original.

A su llegada, encontraron una Robot City sumida en el caos. Un ente desconocido se había hecho con el control del ordenador central de la ciudad y había creado varias series de seres humanos artificiales, hombrecillos de sólo unos centímetros de altura, que estaban esparcidos por algunos de los edificios. Los robots habían abandonado por completo las tareas de mantenimiento y mostraban comportamientos creativos y un tanto salvajes, los cuales recordaban a Ariel y a Derec los tiempos del ingenioso y genial robot Lucius.

Todo parecía indicar que, de nuevo, el responsable era el doctor Avery. Aunque el tipo de experimentos que podían verse por la ciudad eran justo los que Avery aborrecía, era la única persona que Derec consideraba capaz de apoderarse de Robot City. Pero cuando Avery volvió a la ciudad, se mostró tan enfadado con los cambios que encontró que Derec tuvo que rechazar esa idea. De hecho, el doctor no parecía dueño de sus actos, se había vuelto completamente loco, y creía que él mismo era un robot.

Ariel se hizo cargo de los hombrecillos, a los cuales llamaron bailarines, y también del doctor Avery. Tuvo más éxi-

to con Avery, con el que aplicó una novedosa terapia, que con los bailarines. Mientras tanto, Derec y Mandelbrot seguían buscando al misterioso ente, un ser inteligente que se llamaba a sí mismo el Ojo que todo lo ve. Parecía que este individuo había llevado a cabo todos esos extraños experimentos con el objetivo de investigar la naturaleza de los seres humanos y saber así si él mismo era uno de ellos.

Con la ciudad sumida en el caos, todos unieron sus fuerzas para acorralar al Ojo que todo lo ve en su guarida. Lo encontraron camuflado en la forma de un armario, y por fin consiguieron que revelara su verdadero ser y que aceptara su naturaleza: era el tercer robot Plateado de la doctora Anastasi.

El tercer Plateado tomó el nombre de Lucius II e inmediatamente comenzó un intenso intercambio de información con Adán y Eva. Respecto a la cuestión aún no resuelta de qué era un ser humano, Lucius II añadió la teoría de que ellos tres fueran los verdaderos humanos.

Sus discusiones se desarrollaban en un lugar aislado de los humanos y de Wolruf, quienes a su vez se preocupan por qué debían hacer con las comunidades de pequeños seres que estaban esparcidas por toda la ciudad. Aunque estos seres no eran humanos, habían sido creados usando el material genético humano como punto de partida. ¿Debían entonces tratarlos como humanos o simplemente como a una rara especie de animalitos? Todo se complicó aún más con el embarazo de Ariel y el triste descubrimiento de que el feto había sido dañado por los chemfets de Derec.

Ninguno de los robots médicos de Robot City podía ni siquiera plantearse practicar un aborto, ya que consideraban al feto un ser humano, aunque había perdido todo su sistema nervioso y sabían que no podría sobrevivir después del parto. Fue Adán quien se ofreció a llevar a cabo la intervención a cambio de que los llevaran de nuevo al plane-

ta de los ceremonios. Los tres Plateados querían tratar de nuevo con estos alienígenas la cuestión de la humanidad.

Robot City fue programada para crear una nave con su propio material, que Avery bautizó con el nombre *La caza del ganso salvaje*. Tras sobrevivir a un terrible accidente que estuvo a punto de acabar con sus vidas, llegaron al planeta de los ceremonios para descubrir que toda la programación agrícola había sido cancelada. Una mujer, que parecía ser una experta robotista, había aparecido y realizado una reprogramación completa de la ciudad. Derec y el doctor Avery intentaron adaptar la ciudad a las necesidades de los ceremonios, pero, al final, los alienígenas sólo pudieron encontrarle un propósito. Y junto al pequeño grupo de humanos, con Wolruf y los Plateados, presenciaron cómo la ciudad se fundía lentamente para transformarse poco a poco en una gigantesca escultura plateada.

PRÓLOGO

Aránimas

Sentado delante de la consola de control con forma de herradura, parecía una araña hambrienta esperando en medio de su tela. Tenso, alerta, observando y esperando con una intensidad casi salvaje; todo su cuerpo estaba inmóvil, todo excepto sus ojos.

Los ojos: dos lágrimas negras y brillantes que sobresalían dentro de dos protuberancias de piel arrugada a ambos lados de su calva y enorme cabeza. Se movían de forma independiente, en rápidas sacudidas como de rabo de lagartija, sondeando los numerosos monitores y las lecturas de control del instrumental, analizándolo todo.

Vigilando.

Uno de sus ojos estaba fijo en la imagen de una pequeña criatura que tenía forma de estrella de mar. Con el otro ojo seguía atentamente el modo en que el monitor se dividía para mostrar la criatura-estrella de mar en un lado y la negritud color tinta del espacio en el otro. Cuando un pequeño asteroide helado apareció en la pantalla, un par de amenazadores cañones se desplazaron lentamente para seguir su trayectoria.

Se movió. Su brazo siniestro y alargado, que mostraba unos huesos carpales demasiado prolongados que le hacían parecer que tenía dos codos, se desplegó para alcanzar un pequeño botón cerca de la imagen de la criatura-estrella de mar.

Su boca, adusta y carente de labios, se abrió. Su voz era potente y algo aflautada:

—Denofah. Praxil mastica.

Los cañones emitieron una brillante explosión. Un instante después el asteroide había desaparecido, siendo reemplazado por una nube de gas incandescente que se desvanecía con rapidez.

Los extremos de su boca palparon imperceptiblemente, mostrando lo que bien podía ser una sonrisa sardónica.

—Rijat.

Presionó de nuevo el botón, haciendo que los cañones volvieran a su posición inicial y que la imagen de la criatura-estrella de mar apareciera otra vez en la pantalla.

De repente, un indicador comenzó a parpadear en el extremo derecho de la consola de control. Al tiempo que hacía girar uno de sus ojos en dirección al monitor situado justo encima del indicador, presionó otro botón. Entonces apareció la imagen de un joven miembro de su especie.

—Señorr, perrdone la intrromisión —dijo el joven con un fuerte acento espacial, multiplicando la vibración de la letra «r»—, pero me orrdenó que le informarra de inmediato de cualquier interrferencia en la banda K.

Sus dos ojos se concentraron de repente en la pantalla y desplazó su silla hasta que estuvo situado justo enfrente de la misma.

—¿Coincide la trayectoria? ¿Ha sido posible fijar las coordenadas?

—Señor Aránimas, la trayectoria coincide de forma exacta. Los robots están usando las llaves para teletransportarse; debe de haber miles de ellos. Hemos fijado las coordenadas y calculado la distancia aproximada.

—¡Excelente! Dame las coordenadas y las introduciré en el navegador —mientras el joven recitaba uno a uno los números, Aránimas dirigió uno de sus ojos a otra pantalla y presionó otro botón—. ¡Control! Prepárate para llevar a cabo el salto hiperespacial dentro de cinco décadas —otra

pantalla, otro botón—. ¡Navegador! Calcula cuál es el trayecto más rápido hasta estas coordenadas —dijo repitiendo los números que le había dado el joven.

Cuando acabó de dar todas las órdenes y los monitores estuvieron en blanco, se dejó caer satisfecho en su silla, unió sus largos y huesudos dedos y se regaló a sí mismo una sonrisa satisfecha:

—Wolruf, pequeña traidora, ahora te tengo. Y tú, Derec, jovencito entrometido, todas tus Llaves de Perihelion y tus robots serán míos, y expondré tu cabeza en la vitrina de mis trofeos —dijo al tiempo que se incorporaba y accionaba una palanca, haciendo que la estrella apareciera de nuevo en la pantalla.

—Deh feh opt spa, nexori. Derec.

La criatura-estrella de mar parecía entusiasmada ante la perspectiva.

1

Janet

Los propulsores de dirección se encendieron emitiendo fuertes pero controladas explosiones. Con una delicada grada, inesperada para sus treinta toneladas de peso, la pequeña y aerodinámica nave ejecutó una elegante pirueta en medio del espacio moteado de estrellas, desplazándose suavemente noventa grados a estribor. Una vez completada la maniobra, los propulsores volvieron a funcionar el tiempo necesario para situar la popa de la nave en la trayectoria orbital correcta, dando la espalda a la superficie de un pequeño planeta blanquiazul.

De forma lenta y pesada, los principales impulsores planetarios aceleraron hasta alcanzar la máxima potencia. Un minuto más tarde se apagaron y el resplandor blanco de la deceleración final se disipó entre el rojo vivo de la parrilla de durilio del sistema de refrigeración de iones.

Un toque final a los propulsores de dirección y la nave se deslizó suavemente dentro de la órbita geoestacionaria. Tan habilidoso era el robot tripulante que el único humano que ocupaba la nave ni siquiera se percató del movimiento de la misma.

El robot llamado Basalom, sin embargo, inmerso en el sistema de comunicación de la nave basado en el transmisor de hiperondas, no paraba de recibir información. Moviendo nerviosamente sus párpados de plástico milar, se giró hacia la humana conocida como Janet Anastasi y empleó

un centenar de nanosegundos en resolver un pequeño dilema.

El problema en el que se hallaba envuelto concernía a cómo sus obligaciones entraban en conflicto con las Leyes de la Robótica. La Segunda Ley era muy clara al respecto: *Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.* La doctora Anastasi le había ordenado específicamente avisarla en el momento en el que entraran en la órbita del planeta Tau Puppis IV. Él ya había contrastado los datos del navegador con la biblioteca del ordenador de la nave; el pequeño planeta, tan parecido a la Tierra, situado a 35 000 kilómetros sobre la nave, era, sin ninguna duda, Tau Puppis IV. La Segunda Ley le obligaba, de forma inequívoca, a informar a la doctora Anastasi de que habían llegado a su destino.

Tan pronto como Basalom comenzó a cargar esta afirmación en su programa de voz, le asaltó una molesta cuestión relacionada con la Primera Ley. La Primera Ley de la Robótica decía: *Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión, permitir que un ser humano sufra daños.* Desde que habían abandonado el planeta de los ceremiones, cualquier pequeña mención del proyecto de las máquinas de aprendizaje le había provocado a la doctora Anastasi una tremenda angustia emocional. Bastaba una referencia implícita a su hijo, a su ex marido o a la forma en que los dos habían destrozado completamente su experimento secuestrando a la máquina de aprendizaje nº 2, para que su presión arterial se disparara y el tono de su voz se tomara ronco y discordante, indicando un fuerte nerviosismo.

Ahora habían regresado al planeta Tau Puppis IV, el mundo en el que la doctora Anastasi había arrojado a la primera de sus máquinas. Basalom introdujo esa información en la base de datos que había iniciado dos años antes, cuando comenzó a trabajar con la doctora, y concluyó, con

un noventa y cinco por ciento de seguridad, que el hecho de comunicarle las novedades provocaría en ella una reacción nerviosa negativa. No podía predecir exactamente cuál sería su reacción (ningún robot era tan sofisticado), pero podía asegurar, con una duda razonable, que dicha información le provocaría un significativo desasosiego.

Y ése era precisamente el dilema de Basalom. ¿Se correspondía ese dolor emocional con la definición de *daño* consignada en la Primera Ley de la Robótica? Su programación no era muy precisa al respecto. Si el dolor emocional no era propiamente un daño, la diferencia entre ellos era tan pequeña que su sistema no podía reconocerla con facilidad. Pero si evocar una emoción fuerte podía causar algún daño a la doctora, entonces la obediencia a la Segunda Ley podía provocar una situación terrible. ¿Cómo podía cumplir la orden de avisar a la doctora Anastasi si estaba seguro de que aquella información iba a disgustarla?

Basalom sopesaba sus potenciales positrónicos. La orden de la doctora había sido enfática y directa. El daño que implicaba, o mejor, que *podría* implicar, era sólo una posibilidad y seguramente (Basalom lo sabía por su experiencia) pasaría rápidamente. Además, Basalom también sabía por su trabajo continuado con la doctora, que su reacción casi sería peor si *no* le daba la información que si *sí* se la proporcionaba.

Sopesó de nuevo la posibilidad de herir a un ser humano, pero llegó a la conclusión de que tanto la acción como la falta de ella causarían el mismo efecto en la doctora. Así que comenzó a cargar de nuevo la información en su programa de voz para proporcionársela en cuanto ralentizara sus niveles de percepción para sincronizarlos con los de los seres humanos.

De todas formas, si cuando la doctora escuchara la información comenzaba a echar sangre por los oídos, entonces sabría seguro que le había causado daño...